



CARLOS MÁRQUEZ

MANUEL ÁNGEL RÍO RUIZ | Sociólogo

«En Andalucía no se invierte en educación todo lo que necesitamos»

CARLOS MÁRMOL SEVILLA Nació en El Burgo, una localidad de la Sierra de las Nieves (Málaga). Emigró a Granada para estudiar —con becas— en la primera promoción de sociólogos formada en Andalucía. Está especializado en investigación social de la educación y ha escrito sobre el sistema público de becas. Se deja fotografiar en la terraza. Exterior día.

PREGUNTA.— ¿Qué le ha enseñado la Sociología?

RESPUESTA.— El comportamiento de las personas con independencia de su buena o mala voluntad, la influencia de los grupos sociales y la distancia que hay entre lo que buscamos y lo que conseguimos. Si lo llevo al extremo, como Hannah Arendt, a averiguar cómo las personas buenas se convierten en malas.

P.— ¿La educación es un ascensor social?

R.— Esa frase pretende legitimar un sistema educativo que es una máquina de producir desigualdades. En los últimos treinta años ha habido una transformación en Andalucía, pero ahora vivimos un cierre social. A igualdad de título acadé-

mico entre una persona humilde y otra con rentas siguen existiendo desigualdades porque su capital social, sus redes personales, sus influencias y los recursos que dedican a prepararse una vez obtenida una licenciatura en un mercado

«Justificamos problemas del presente con el lastre secular. Pero la historia no es una excusa»

«A la educación se la culpa de todo, pero al final del ciclo educativo no hay salidas»

profesional saturado son muy distintos.

P.— Hay quien cree que los ascensores sólo suben. También bajan.

R.— En efecto. Los universitarios están sobrecualificados. Pese a todo, tienen más opciones. Para las cla-

ses populares la universidad sigue siendo una oportunidad, aunque no sea un ascensor social. Eso no depende de la educación, sino de la estructura productiva y de las correlaciones entre las clases sociales.

P.— ¿El sistema educativo mantiene la desigualdad al tratar igual a los desiguales?

R.— Tiene elementos que pueden acentuar las desigualdades, como la extensión del bilingüismo, que implica cierta segregación escolar. Todo sistema educativo tiene luces y sombras. La distinta distribución del capital cultural y familiar, más que la pedagogía, la didáctica o el tipo de centro, es lo que explica las diferencias de rendimiento escolar. Los padres, con independencia de su clase social, tienen en Primaria elevadas expectativas sobre sus hijos. En Secundaria, cuando los niños cosechan fracasos, bajan sus expectativas. Tenemos el dudoso honor de ser los campeones del mundo en repeticiones. Las familias, sin embargo, no han dejado de gastar en educación.

P.— Los índices de fracaso escolar no dibujan un panorama positivo.

R.— Indudablemente, pero ni todos los profesores son misioneros laicos, ni son iguales todos los colegios ni tampoco lo son los métodos didácticos. Podemos aplicar las mejores metodologías, tener el profesorado más motivado y una cultura escolar dinámica y aún estaremos condicionados por la composición social del alumnado. No es igual un colegio del Aljarafe, donde se acumulan generaciones de familias socialistas, que un centro de una barriada. Antes la pedagogía podía ser homogénea: los alumnos venían seleccionados y se creía en la figura del maestro con estudiantes que quieren aprender. Hoy vivimos en una sociedad de masas donde lo intelectual se ha degradado. No podemos eliminar los programas de refuerzo para los estudiantes con dificultades ni dejar de invertir en educación infantil: la escolarización temprana ayuda a la inclusión social.

P.— Vivimos tiempos de recortes.

R.— Se dice que en Andalucía no se ha recortado. En fin. Andalucía está viviendo una polarización. No se invierte en educación todo lo que necesitamos. Nos excusamos en el

atraso secular para justificar problemas del presente. Las inercias históricas existen. En 1860 las regiones con más analfabetismo eran Andalucía, Extremadura y Canarias, que siguen teniendo los peores resultados. Pero no podemos excusarnos siempre en la historia. Llevamos décadas de gobiernos socialdemócratas y en Andalucía no tenemos resultados educativos mejores que regiones con gobiernos neoliberales. Aquí los alumnos de alto rendimiento son un 5,75%. España está tres puntos por encima y la OCDE llega al 12%.

P.— A la educación se la responsabiliza de todos los problemas.

R.— Sí, pero al final del ciclo educativo no hay salidas. En la época de las vacas gordas había trabajos poco cualificados. Este mercado laboral ha sido arrasado. Para luchar contra el abandono escolar debemos tener un mercado de empleo cualificado. Lo que ocurre es que arreglar el mercado de trabajo implica hacer política con mayúsculas. Culpar a la escuela, a las familias y a los profesores es más fácil. La demanda empresarial en formación es imparable, pero la sociedad civil no se implica. El sistema educativo público no puede hacerlo todo.

P.— El sistema educativo está diseñado sólo para las generaciones en edad escolar.

R.— Muchos jóvenes intentan volver al sistema educativo y no encuentran plazas en FP. En algunos sitios la demanda excede a la oferta en un 40%. A los empresarios no les importa: prefieren un mercado laboral con un ejército de titulados compitiendo por puestos de escasa cualificación. Sociólogos como José Saturnino Martínez dicen que España es un país que impide que la gente estudie. La arquitectura institucional es muy rígida. Las trayectorias que se desvían de la línea establecida sólo encuentran obstáculos. El mercado de trabajo, sin embargo, es cambiante.

P.— ¿Cuándo nacieron las becas en España?

R.— Con el Patronato para la Protección Escolar creado en 1944, cuyas becas eran arbitrarias y clasistas. Su extensión universal data de 1983. No tenemos el modelo de Estados Unidos, donde hay jóvenes que se suicidan por no poder pagar los créditos con los que financiaron sus estudios. En España existe un sistema social de becas, pero la última reforma del PP es ideológica. Puso a los becarios en el punto de mira de una sociedad con actitudes redistributivas regresivas. Los datos dicen que los becarios son los alumnos más eficientes. Su estigmatización es una injusticia. El ascensor de la educación puede ir en varias direcciones, pero mucha gente se está quedando en el hall esperando un trapo para limpiar las escaleras. Lo que mi generación pudo hacer gracias a becas ya no es posible. Los estudiantes ven que su familia no puede salir adelante. ¿Qué actitud van a tener en la escuela? En diez años vamos a tener problemas sociales serios.